

guión

La reflexión sobre la fe se va haciendo cada vez más compleja. Surgen siempre nuevas preguntas y las respuestas tienen que irse matizando y precisando. Esta complejidad no procede sólo del espíritu crítico moderno ni del espíritu especulativo de la Escolástica, sino que se remonta a más atrás, a las discusiones doctrinales de la Iglesia Antigua, e incluso a los autores del N. T., entre los cuales sobre todo S. Pablo construye un edificio teológico de considerable complejidad.

Debemos admitir que cierta complejidad de pensamiento no es un lujo intelectual inútil sino una exigencia razonable. Sin embargo junto a ésta hay que admitir otra exigencia: la de captar y decir del modo más simple y breve posible el núcleo o centro de la fe, la de condensar la fe en unas sencillas palabras con las que de alguna manera todo esté dicho. No se trata de una mera exigencia pedagógica, la de resumir la fe del modo más comprensible y más fácil de retener en la memoria, para todos los creyentes incluso para los menos dotados intelectualmente (los “rudos” de que se hablaba en los tratados sobre la fe), sino que se trata de algo más congenial con la fe. Esta tiende a la sencillez porque es sencilla, porque los sencillos son los más capacitados para creer. También, porque la fe es esencialmente comunitaria y una multitud expresa su común sentir no en largos párrafos sino en aclamaciones o en palabras muy sucintas.

Durante muchos siglos el Credo Romano, llamado Apostólico, ha cumplido en la Iglesia este oficio. El Credo que se recita actualmente en la misa, el niceno-constantinopolitano, es ya demasiado complicado; contiene una serie de precisiones conceptuales que la mayoría de los creyentes no saben a qué vienen, porque son respuestas a debates antiguos (“engendrado no creado”, “que procede del Padre y del Hijo”...). El “sensus fidelium”, esa especie de instinto de fe que poseen los simples fieles, no se expresa espontáneamente en esas palabras.

Pero en estas páginas vamos a remontarnos a antes del Credo Romano, que es del s. III. Vamos a buscar en la misma Biblia esas formulaciones concentradas y sencillas. Estas son las “confesiones de fe”. No podemos dar por supuesto lo que en ellas se dice. Volver siempre de nuevo a lo central no es sólo un modo de decir conjuntamente lo

mismo, sino además un modo de revitalizar la fe, que irradia desde ese centro. No sería buena una fe descentrada.

En un primer artículo se estudian las confesiones de fe en el A. T. En él se confiesa no sólo con las palabras sino también con las obras. En términos modernos diríamos que no basta la ortodoxia sin ortopraxis. Nuestros padres en la fe confesaban a Yahvé como su Dios, como autor de los grandes hechos de la Historia de la Salvación y como presente en medio de su pueblo.

En el segundo se estudian las confesiones de fe del N. T. en relación a la predicación, en primer lugar a la del N. T., pero atendiendo al valor permanente que las confesiones de fe tienen en toda predicación. Esta debe proceder del centro de la fe y llegar hasta los hombres en sus situaciones actuales. No se pretende trazar todo el itinerario. Esperamos tratar en otro número del modo cómo confesar hoy la fe. En éste nos contentamos con apuntar que la centralidad de las confesiones de fe tiene que convertirse desde ella misma en actualidad, no en una actualidad sobreañadida sino irradiada, y ésta es la función de la predicación.

Un tercer artículo presenta las confesiones de fe en situaciones de persecución. El ejemplo clásico nos lo proporciona el Apocalipsis. La dificultad fortalece y da un perfil más acusado a las confesiones de fe. No sólo se dice que Jesús es el Señor, sino el único Señor frente a los otros pretendidos Señores. Es una situación semejante a la de los cristianos alemanes en tiempos del nacional-socialismo, cuando confiesan (al menos los más lúcidos y valientes) que el único "Führer" es Cristo. Es una protesta contra todo intento de absolutizar la autoridad.

¿Es posible encerrar en unas palabras tan simples como "Jesús es el Señor" toda la fe? ¿Estarían entonces de más todas las reflexiones teológicas y todos los problemas particulares que surgen cada día? Quizás sea imposible repetir exactamente del mismo modo la espontaneidad y simplicidad de la fe naciente de los primeros cristianos. Pero sí puede ser posible, después de pasar por todas las críticas y las crisis, llegar a algo así como "una segunda ingenuidad", de la que a otro propósito habla Paul Ricoeur; una ingenuidad post-crítica, término de una reflexión concreta, un poco desengañada de las elaboraciones puramente conceptuales, que recobra las palabras en la riqueza de sentido que poseen al brotar directamente de lo vivido.